

espíritu imparcial resalta en su misma breve y fría relación. Nosotros sólo debemos ahora señalar el valor de las circunstancias y del momento, no para cargar de responsabilidades al rey, sino para hacer notar sus interiores contradicciones en los momentos más decisivos y solemnes de su vida.

No hay duda de que la monarquía se había creado por su falta de previsión una situación imposible, y nótese bien, que es el antiguo régimen para sí, lo que Saturno fué para sus hijos, que son sus obras lo que destruye sin que en esta tarea le auxilie persona alguna. Es el rey quien en sus *Memorias* dirigidas á los notables, es el rey quien en la *Advertencia Gerbier* habla al país en el lenguaje que muy pronto usarán los representantes del pueblo. Es el rey quien, al dar su pequeño golpe de estado, al separar de su lado á Miromesnil y á Calonne, les dice á los notables que todo se ha hecho por su inspiración y que todo era su obra, y es el rey quien creyéndose un Cromwell ó un Bonaparte, elige para la cartera de Hacienda á un Fourquex, cuando Turgot, Necker y Calonne reunidos habían tenido trabajo para llegar al término de la obra. Pero Luis XVI, ya lo hemos dicho varias veces, y lo hemos visto en obra otras tantas y no será la última vez que insistamos sobre este punto, gusta de los golpes de estado á que se dejan arrastrar fácilmente los hombres de genio y por consiguiente osados, y esta ambición de mandar, de hacer alardes de su autoridad está en tan grande desproporción con sus medios, que como Fourquex hace la más ridícula figura tan pronto queda solo en escena.

Quiere el rey habérselas solo con los notables, y en efecto, les envía para que se entiendan con él á

Fourquex, y cuando ve que este no marcha le envía á Lomenie de Brienne. Hé aquí la eterna contradicción interior que mina la robustez ya no mas que aparente del antiguo régimen, cuando más necesarios son los hombres de energía, es cuando un rey débil y una reina ligera hasta lo increíble dadas las circunstancias están encargados de representarlo. Y ya es sabido que la gente débil se asusta de los aires de la gente fuerte.

Turgot les pareció un hombre peligroso; Necker fué siempre para ellos un hombre temible; Calonne acabó por ser un hombre comprometedor. ¿Había sido más previsora la reina ahora, al favorecer el advenimiento del arzobispo de Tolosa? ¿El rey sintiendo ahora lo que otras veces había resistido, obraba ahora con la misma prudencia que antes? ¿Se creía, en verdad, que la sotana del arzobispo cubría á un Richelieu ó á lo menos á un Mazarino? ¿No se preguntó nunca la corte si jugaba con Brienne la última carta, y si después de éste no había de ser necesario convocar los *Estados generales* que ninguno de sus estadistas habían de presidir ó gobernar por haberlos desautorizado á todos? Lo cierto es que se fué al nombramiento de Brienne con tanta indiferencia, ó mejor con tanta satisfacción, como si se viviera en el mejor de los mundos posibles, y en uno de los momentos más pacíficos de la historia humana, y como se decía entonces, se «bailaba sobre un volcán.» Veamos, pues, ya que Lomenie de Brienne iba detrás del poder hacía tanto tiempo, qué es lo que este hombre traía entre manos para hacer la felicidad de Francia y restablecer el comprometido prestigio de la monarquía.



Madras



## CAPITULO X

### EL PARLAMENTO DE PARÍS

Reputación del arzobispo de Tolosa.—Juicios de Lafayette y Mirabeau.—Cómo lo juzgaba la señora de Staël.—El duunvirato Brienne-Lamoignon.—Préstamo de cincuenta millones.—La conferencia.—Brienne se declara partidario de los proyectos de Calonne.—Indignación de los notables.—Renuevan su actitud hostil.—Piden el nombramiento de una comisión inspectora de la Hacienda.—Condescendencias y promesas del rey y del arzobispo.—Resistencia pasiva de los notables.—Pide el arzobispo al rey la clausura de la Asamblea.—Sesión de clausura del 25 de Mayo.—Imprudente lenguaje del ministro: su discurso.—Censura de Besenval.—Tendencias políticas de los conservadores ilustrados: el sistema constitucional.—Cómo contestaron los notables al discurso de Brienne.—Discurso del presidente Aligre.—Actitud del gobierno y de los reyes.—Decepción general.—El Parlamento de París.—Su autoridad.—Sus diferentes partidos.—Duport.—Prepárase la lucha entre el Parlamento y el Gobierno.—Pretensiones del rey.—Táctica parlamentaria de Brienne.—El edicto del timbre.—El clérigo Sabatier pide la convocación de los *Estados generales*.—Lo acuerda el Parlamento (16 de Julio de 1787).—Unanimidad del Parlamento.—Cómo se conseguía.—Actitud desacertada del gobierno.—El Parlamento pide la convocación de los *Estados generales* (24 de Julio de 1787).—Lecho de justicia de Versalles del 6 de Agosto.—El rey obliga á los pares y altos dignatarios á la asistencia.—Solemnidad del acto.—Discursos intemperantes del rey y de Lamoignon.—Enérgico y amenazador discurso de Aligre.—Se destierra el Parlamento á Troyes.—Oposición de Malesherbes.—Es desoído.—Reformas en la corte: descontento de los cortesanos.—Cómo promovió el Parlamento el conflicto.—Duport pide la acusación de Calonne.—La aprueba el Parlamento.—El rey anula su resolución.—Calonne se retira á Francia.—Impopularidad de la reina.—*Madame Deficit*.—Actitud del pueblo.—Última sesión del Parlamento.—Declara ilegal la publicación de los edictos y la exención de todo nuevo tributo.—Ovación hecha á Eprenesnil.—Si no fué una imprudencia mandar al Parlamento á Troyes.—Cálculos errados del Gobierno.—Torpeza con que procedió para hacer registrar los edictos.—El conde de Provenza y el Tribunal de cuentas.—Indigna conducta del conde de Provenza.—El conde de Artois y el Tribunal de auxilios.—Impopularidad del conde.—Actitud del pueblo.—El Tribunal desautoriza á su presidente.—Se suspende la sesión.—Resolución del Tribunal de auxilios: gravedad de sus declaraciones.—Situación política.—Asonada de París.—Quiénes eran los organizadores.—Desmoralizadora intervención de la Audiencia de París.—Energía del Gobierno.—Restablécese el orden.—Mirabeau profetiza su día.

**D**IGAMOS desde luego para absolver á todo el mundo de responsabilidades que si los reyes se equivocaron al fiar la salvación de la monarquía absoluta al arzobispo de Tolosa, Lafayette escribió todo alborozado la noticia de su nombramiento á J. Jay y á Washington para decirles nada menos que en él se veía al fin un «primer ministro,» «ó un hombre capaz,» «ó un hombre

honrado,» «un hombre tan ilustrado como liberal,» «un hombre, en fin, que hacía sentir su influencia sobre todo, y con el que se podía contar.» Esta no era una opinión particular, y no muy autorizada viniendo de Lafayette que fué de los predestinados á vivir en perpetuo error, Mirabeau, en quien parece que ha de encontrarse para juzgar á los hombres aquella alta penetración que tuvo de los sucesos



que dentro de poco van á realizarse, Mirabeau decía lo mismo en una carta del 11 de Mayo. «Hay que considerar al arzobispo de Tolosa como á un primer ministro, es un hombre de gran talento y de gran preseverancia.»

La señora de Staël tal vez pensó, cuando en vez

de ser actora de los sucesos no fué más que historiadora, lo siguiente, que el arzobispo á «la dignidad del sacerdote, unida al deseo constante de llegar al ministerio, le había dado el exterior reflexivo de un hombre de estado, y que había alcanzado ya la reputación de serlo antes de que los aconteci-



SHERIDAN

mientos le hubiesen puesto en situación de acreditarlo.» ¿Era, pues, Brienne sólo apariencia? ¡Cuán grande no había de ser la responsabilidad, de los que habían llevado á Brienne al poder si resultaba un hombre incapaz é indigno! Y como esta responsabilidad ha de caer sobre María Antonieta, conste que si ésta se equivocó también se equivocaron Lafayette y Mirabeau.

Si el genio de la Revolución se equivocó respecto de la capacidad de Brienne, no se equivocó al suponer que Brienne y Lamoignon estaban poco menos que destinados á correr juntos todas las aventuras de la nueva situación, por lo que calificó desde

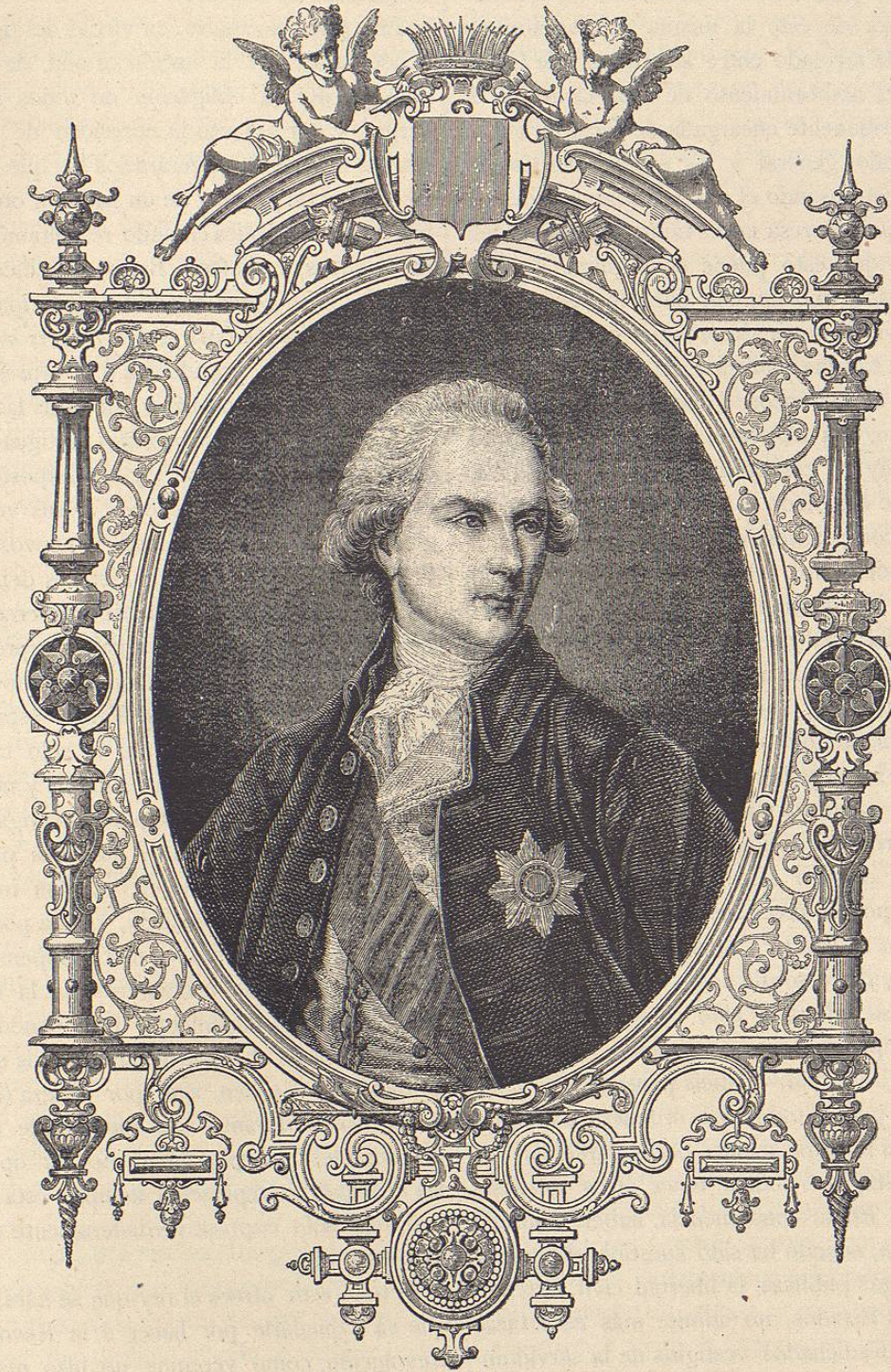
luego la situación de duunvirato Brienne-Lamoignon, y conste que si el duunvirato hace mala figura en la historia, no es porque durante el mismo dejaron de ocurrir grandes cosas.

Exigían las circunstancias un hombre de acción, y Brienne tuvo que ser este hombre, ¡y quién no sabe que no hay nada tan comprometedor como la fuerza puesta en débiles manos!

Brienne, jefe del gobierno, se encontró desde luego en situación de arrancar de los notables, lo que éstos sólo podían dar á uno de sus hechuras, y, naturalmente, no podían negarse á nada que les pidiera el que hasta entonces había sido su jefe, y

con aplauso. Brienne, pues, les hizo saber que el Tesoro estaba exhausto y que se necesitaban cincuenta millones con toda urgencia para que el Par-

lamento de París registrase el edicto, como así se hizo, no sin haber ofrecido Brienne á los notables la reunión de una conferencia dentro pocos días



J. HARRIS, Conde de Malmesbury

bajo la presidencia del conde de Provenza, á fin de determinar sobre la situación.

Reunióse la conferencia, en efecto, y todos sus miembros quedaron estáticos al ver que el jefe de la oposición á Calonne se había convertido en otro

Calonne, pues bien llanamente les declaró Brienne á los representantes de las siete secciones que no veía medio de prevenir el déficit y de enjugarlo fuera de la contribución territorial, tal como se venía proponiendo á los notables, cuestión de detalles